

ADENTRARSE en el mundo bellissimo —sonoro, palpitante de color y de fragancias— de la prosa de Gabriel Miró es una aventura repleta de sorpresas, de encantos, y también de dificultades.

Las notas que siguen no llegan ni a la categoría de ensayo. Casi vienen a ser —con todo su desorden y provisionalidad— simples impresiones de lector.

ADECUACION TEMATICO-EXPRESIVA

Entre los problemas que suelen suscitar las obras de Miró, está el de su determinación como géneros literarios.

El solo hecho de que las llamadas novelas de Miró hayan siempre provocado discusión, revela ya —como en otros casos próximos: Unamuno, Azorín— que los críticos nunca han visto demasiado clara su inclusión dentro de tal género.¹ Miró, en cierto modo, es un buen ejemplo de ese proceso, oscuro aún y poco conocido, que suele conocerse con el nombre de desnovelización de la novela.

Todo el mundo sabe que las narraciones de Miró atraen esencialmente por la calidad de la prosa, del lenguaje, más que por el interés de la trama o de los personajes, bastante desdibujados psicológicamente. Esta es una de las causas determinantes de que las obras de Miró ejemplifiquen con cierta claridad el aludido proceso de desnovelización, en virtud del cual el acento del interés se ha trasladado desde lo que parecía ingrediente esencial en una novela —la acción, el argumento— a lo que antes se estimaba casi accesorio o, por lo menos, ancilar: la forma, el lenguaje, el virtuosismo técnico.²

